

de adhesión á su causa en todas las poblaciones que ocupaban, aun en las rancherías más insignificantes, las hacían traducir al francés y aparecían en todos los periódicos que en Europa les servían de órgano.

La idea de que era de fácil realización la empresa del gobierno francés, siempre que hubiera perseverancia para llevarla á cabo y tino en el modo de desarrollarla atrayéndose á la causa de la intervención algunos de los caudillos liberales, era sostenida á cada paso por el conde de Persigny, que fué ministro de Gobernación en el Imperio francés, quien repetía que la grande idea de Napoleón no había sido comprendida por la generalidad. Le apoyaban los que, como el ministro norte-americano Mac-Lane, creían que la situación de los Estados-Unidos era tal, que su influencia en la cuestión de México venía á ser enteramente nula; más aún, que si llegaran á intentar algo contra la Francia, esta no retrocedería en una empresa en que ya estaba demasiado comprometida, y en caso de ser hostilizada se uniría al Sur, del cual era partidario Mr. Mac-Lane.

Todavía en el mes de Marzo entraban á Veracruz los batallones salidos de Cherburg el 2 de Febrero, en los navios "Bart," "Turenne," "Tilsitt," "Rhône" y "Eure," trayendo un total de 3,640 hombres, 483 caballos y ocho carros; los últimos refuerzos llegaron á principios de Abril. En el Havre fueron contratados algunos buques mercantes para conducir á Veracruz material de ferrocarril, y considerable cantidad de víveres y municiones. Los libramientos de Forey contra el tesoro francés eran cuantiosos y dieron motivo á una baja considerable en el papel de su gobierno; se calculaba lo gastado en la expedición francesa hasta el mes de Febrero en doscientos cuatro millones de francos. Sin embargo, el discurso imperial pronunciado por Napoleón al abrirse las sesiones del cuerpo legislativo, el 12 de Enero, (1863), fué el más pobre y exiguo de cuantos había pronunciado. Era que después de haber dicho Mr. Billaut: "*á esta hora nuestro ejército expedicionario estará en la capital de México,*" y de asegurar que no se interrumpiría la perfecta inteligencia con Inglaterra y España, para llevar á cabo la intervención, se había formado una situación difícil y trabajosa para el César francés, incompatible con el orgullo y lo que llamaba el honor de la Francia. En su discurso no hizo más que decir: "las expediciones á China, á Conchinchina y á México, prueban que no hay ningún país, por lejano que sea, donde pueda quedar impune una tentativa contra el honor de la Francia." "Empresas semejantes no se consuman sin complicaciones." El discurso imperial, con relación á México, se hizo más notable por lo que calló que por lo que dijo para salir del paso.

En los Estados-Unidos se trató por algunos individuos, de que la Francia mediara en la guerra civil, apareciendo en esta intriga los nombres de M. Mercier, ministro de Francia en Washington y los de Horacio Greeley y Williams Jewett; pero estos no consiguieron más que ser calificados de desleales y de haber burlado la ley. Seward así lo comunicó al representante de Francia y aun quiso que los que habían intervenido en buscar la mediación, fuesen procesados; recordó al conde de Mercier, que no era la primera vez que los agentes del gobierno francés habían

sido sorprendidos interviniendo clandestinamente en los negocios de los Estados-Unidos; pues desde Genet, agente de la antigua República francesa, que trató de realizar una intriga contra la administración de Washington, porque no quiso colocarse al lado de la Francia contra los enemigos de ésta, hasta el mismo Mercier que había ido á aconsejar á los rebeldes del Sur que no entregaran á Richmond, todos habían procurado ingerirse en los negocios de los Estados-Unidos, y también recordó que los cónsules franceses en Texas, habían querido quitar ese Estado á los americanos. La mediación amistosa de la Francia, tendía á que un tribunal internacional fallara acerca de la cuestión de esclavitud y de la Independencia del Sur. Jewett había ido á Europa para arreglar esta mediación, como el primer paso político dado por una nación extranjera con respecto á la guerra civil de los norte-americanos, mediación confesada por la Francia en sus comunicaciones á Inglaterra y á Rusia, trasluciéndose las simpatías de Napoleón por la causa del Sur. Mr. Sumner y otros senadores que hacían oposición sistemática á Mr. Seward, abogaban porque se guardaran consideraciones á la Francia, criticaban amargamente el tono de la respuesta dada por ese ministro de Estado en el asunto de la mediación propuesta por el gobierno francés, y no contentos con esto, fueron á manifestarle al ministro de Francia que no participaban de las ideas de Mr. Seward, protestando con este acto contra la actitud tomada por el Secretario de Estado.

En varios despachos de las autoridades de Richmond, interceptados por el gobierno del Norte, se trataba de las intrigas puestas en juego por Napoleón para separar á Texas de los Estados confederados. El gobierno de éstos, que tenía al comisionado Mr. Slidell en París, sin estar reconocido por Napoleón, no vaciló en declarar que este había determinado conquistar á México y conservarlo como colonia. Había el antecedente de que en la época en que Texas se anexó á los Estados-Unidos, Mr. Dubois de Saligny, que entonces era encargado de negocios cerca de la República Texana, se opuso con vehemencia á la anexión, trató de presentarle estorbos y de impedir la, queriendo demostrar que los intereses de Texas eran idénticos á los de Francia, opinión que también sostenía Mr. Guizot, y que ambos países quedarían beneficiados por el mantenimiento de la nacionalidad de Texas. Siendo Saligny ministro en México, se creía que seguiría la misma política.

El ministro de México en Washington había guardado cierto retraimiento, á consecuencia de la conducta observada por el gobierno norte-americano, al permitir que el ejército francés se proveyera en los Estados-Unidos de cuanto necesitara para continuar las hostilidades contra México, al paso que á éste le negaba el mismo privilegio. Mas habiéndosele encargado por el Presidente Juárez la gestión de varios asuntos, entre ellos el relativo al relevo de Mr. Wagner, representante de Prusia, tuvo el ministro Romero una larga entrevista con Mr. Seward, para tratar también de las reclamaciones de Loperena, quien pretendía pasar por ciudadano norte-americano; de la condición de los ciudadanos mexicanos en Texas y Nuevo México; de los fusilamientos ejecutados por los franceses en la persona del mayor



Bernardi y de los soldados que le acompañaban, y pidió el parecer del gobierno de los Estados-Únidos en este negocio; á lo que contestó Seward: que aun no había recibido noticia oficial del suceso que probablemente le comunicaría pronto Mr. Corwin; añadió que éste le había informado del disgusto con que se había recibido en México la noticia del permiso concedido al ejército francés, para la exportación de carros y mulas, rieles y demás objetos que sacaban de Nueva-York, por lo cual el Presidente Lincoln había hecho extensiva á ese ejército la prohibición para exportar de los Estados-Únidos artículos de contrabando de guerra. Mr. Seward, al hablar de la expedición francesa, repetía: "que todo se arreglaría bien." Le contrariaba para desarrollar sus intenciones, la preponderancia adquirida por los confederados que habían capturado ya al finalizar el mes de Febrero, algunos de los buques formidables con que contaba el gobierno del Norte; el ejército del Potomac, permanecía inactivo, desde que el general Hooker se encargó de su mando; la situación financiera del Norte seguía decayendo hasta el grado de bajar los billetes un setenta y cuatro por ciento. El ejecutivo fué revestido de facultades omnímodas, empezando por suspender el derecho de *habeas corpus*, ley cuya discusión se prolongó por varias semanas. Los gastos autorizados por aquel congreso ascendieron á dos mil doscientos setenta y siete millones de pesos, destinados en gran parte á la compra, construcción y reparo de la marina de los Estados-Únidos. Alguna vez, por la conducta parcial observada por el gobierno de esa República, quiso el ministro Romero, que representaba á México, suspender sus relaciones con ese gobierno y aun pedir sus pasaportes; pero temiendo complicar la situación, se abstuvo de seguir su primer impulso y se dirigió al gobierno de México, para que resolviera lo que en aquellas circunstancias le pareciese que más convenía.

Entretanto en Francia la expedición era objeto de debates muy serios. En los días 6 y 7 de Febrero (1863), tuvieron lugar en el Cuerpo Legislativo de Francia interesantes debates acerca de la cuestión mexicana. Tratándose de la respuesta que se había de dar al discurso del Emperador, se criticó que las fuerzas de la Francia se comprometiesen temerariamente en expediciones mal definidas y aventuradas, y se rechazó la inquisición que se quería hacer acerca del gobierno que deseaba el pueblo de México. Mr. Ernesto Picard, uno de los que habían propuesto la enmienda, comenzó por lamentar la falta de publicación de los documentos relativos á la expedición mexicana; el ejército estaba reparando las faltas de la diplomacia, pero aun no se cumplía el pronóstico hecho un año antes por el ministro sin cartera, acerca de la segura ocupación de México; el tratado de Londres había sido despedazado; se admiró de que, al cabo de veinte años fuera á pedirse cuenta de ultrajes acumulados; consideró inconveniente el momento de mayor pobreza del gobierno de Juárez, para exigirle el pago de indemnizaciones, cuando la extrema penuria llegaba hasta no poder proporcionar al embajador D. Juan A. de la Fuente, los fondos para pagar su pasaje al retirarse de Francia; si en tales condiciones no se pagaba lo que se debía á las tres potencias, no debía atribuirse á mala fe ó falta de voluntad, como lo demostraba el haber sido derogado á poco

el decreto sobre suspensión de pagos. No fueron los agravios el único motivo de la expedición, sino también el designio de establecer en México la monarquía que fué negada por Mr. Billaut en Marzo y Junio de 1862; la pequeña colonia francesa con su limitado comercio, no podía justificar ó explicar una expedición tal como la de México. Combatió el orador el crédito de Jecker, suizo con el que nada tenía que hacer la Francia, y negocio que dió lugar á la ruptura del tratado de Londres y á la retirada de los aliados; la idea de establecer aquí una monarquía, era contraria á las reglas de justicia y del sentido común; citó la opinión de lord Russell, calificando á los mexicanos refugiados en París y que querían colocar en el trono de México al Archiduque Maximiliano, "clase de gente notable por sus infundados cálculos sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas respecto de ayuda," con cuya opinión concordaba la del mariscal O'Donnell, quien opinaba; "que es una idea quimérica querer establecer una monarquía constitucional en México por medio de una intervención extranjera."

Comparó Mr. Picard las proclamas dirigidas á los mexicanos, con las que en 1792 dirigió á la Francia el generalísimo de los ejércitos de Austria y Prusia, y señaló las causas de la discordia habida entre los aliados. Era imprudente querer regenerar un pueblo cuando el regenerador no estaba suficientemente seguro de sí mismo. La idea de querer evitar por medio de la guerra, que los Estados-Únidos ejercieran sobre México su poder invasor, era contraproducente; ir á México en son de guerra era lo mismo que entregarlo á los americanos, parecer que ya había sido sostenido hacía años por Mr. Rouher. En efecto, los mexicanos volverían los ojos á los Estados-Únidos el día en que se sintieran amenazados por la Francia y pensarían desde luego hipotecar el territorio á esa República del Norte, entregándose á ella. Combatió á Mr. Picard el orador ministerial Mr. Jerome David, con los conocidos argumentos de los ministeriales: hizo resaltar la imperiosa necesidad de la expedición para reparar agravios, ultrajes y expoliaciones, según ya se había pretendido desde 1839 cuando fué batido San Juan de Ulúa, sin que nada remediara el tratado de 1853, ni la convención Penaud de 1855, ni los procedimientos diplomáticos anteriores al tratado de 31 de Octubre de 1861.

Agitábanse en Europa cuestiones trascendentales, que se creía influirían en la expedición francesa á México: la revolución griega que destronó al rey Othón y lo expulsó de los que fueron sus dominios, dejó vacante un trono que se consideraba motivo de graves complicaciones, queriendo impedir Francia y Rusia que tuviese Inglaterra un aumento de poder. La cuestión italiana estaba también lejos de obtener un término. El gobierno francés resolvía continuar ocupando indefinidamente á Roma, aunque se ensanchaba la popularidad de Garibaldi. Próxima se veía una conflagración en que fueran envueltas Italia, Francia y Austria; los republicanos de México esperaban el primer cañonazo disparado en la Península itálica, como la señal de un triunfo seguro. A esto se agregaba el saberse que en Francia seguía siendo cada vez más impopular la expedición á México, sentimiento público que se



externaba á pesar de las fuertes restricciones que pesaban sobre la libertad de la prensa, y ni un solo periódico independiente aprobaba la política observada en México por el gabinete de las Tullerías. Uno de los folletos más notables contra la política de Napoleón en América, fué el del profesor Quinet, conocido por su oposición al régimen inaugurado con el golpe de Estado del 2 de Diciembre; el escritor puso en relieve los inconvenientes de la expedición, ridiculizó los pretextos de levantar la raza latina y marcó la mala ejecución de la empresa, uniendo su voz á las de Fabre, Jubinel y otros que calificaban la expedición de absurda y su ejecución de vandálica. Se hizo notar otro folleto publicado por Julio Grenier en "La Revue Contemporaine," aunque no enteramente de acuerdo con el de Quinet y con deducciones vagas; inclinándose á una intervención liberal, fijaba como dilema inevitable la absorción de México por Europa ó por los Estados-Únidos, consideraba á México una buena presa y quería que se anticipara la Francia para tomársela. Aseguraba que en esto ni se hubiera pensado á no existir la guerra civil en los Estados-Únidos. Napoleón daba desarrollo y ensanche á sus proyectos, debido á que las disensiones de los generales que mandaban el ejército del Potomac, impidieron los movimientos y las empresas proyectadas contra las fuerzas que conducía el general confederado Lee. El buque confederado "Alabama," unido á otros continuaba cometiendo depredaciones contra la marina mercante de la Unión. Nada lisonjero era el aspecto que en aquella República presentaba la situación, pues el partido que en el Norte simpatizaba con la causa del Sur, seguía ganando las elecciones por todas partes y haciéndose muy fuerte; las discordias entre las facciones en que se dividía el Norte, se hacían más agrias cada día, profesándose una odiosidad que igualaba á la que alimentaban los separatistas y unionistas, y se llegaba á temer otra guerra civil dentro de los mismos Estados del Norte, hablándose también de aceptar la mediación de la Francia para que cesaran las dificultades. En tales circunstancias, Napoleón III creía indudable el triunfo de sus proyectos con relación á México.



*General Miguel Auza.*

Rechazó con los batallones 3° y 5° de Zacatecas, en el memorable sitio que pusieron á Puebla los franceses el año de 1863, el asalto verificado el 25 de Abril, á la manzana de Santa Inés. Arrostró la muerte entre los escombros que ocasionó la artillería francesa y en la órden del día fué calificado de "valiente entre los valientes."